

Aquietado el ambiente, después de transcurridos varios meses del revuelo provocado por la polémica sobre la posible supresión del bachillerato, en la que destacadas personalidades educacionales y políticas hicieron presente sus diferentes puntos de vista sobre este importante problema, los Rectores de las siete Universidades chilenas, reunidos en el Consejo de Rectores, han creído de su deber expresar su opinión personal al respecto.

En la discusión que ha dado lugar a las conclusiones que más adelante se puntualizan, se han debatido ideas y puntos de vista que, en términos generales, han ofrecido una singular coincidencia, por lo cual se ha podido lograr una unanimidad de pareceres sin sacrificio de ninguna posición personal.

1. Los Rectores consideran que el problema de que se trata es, básicamente, la consecuencia de nuestro deficiente planeamiento y organización educacional y de las condiciones materiales y

docentes en que se realiza la enseñanza secundaria.

Nuestra educación no ofrece al alumno, a lo largo de sus estudios, alternativas diferentes, que le permitan prepararse profesionalmente de acuerdo con su vocación, sus aptitudes intelectuales, sus medios y sus oportunidades, para actuar en los múltiples y variados campos que la sociedad moderna ofrece al individuo.

El sistema actual conduce al alumno a las puertas de la Universidad, aunque no tenga interés ni capacidad, si la situación socio-económica de su familia le permite permanecer en un establecimiento de enseñanza media por el tiempo necesario; pero al mismo tiempo la falta de cultura y de medios económicos de una alta proporción de nuestra población y la inexistencia de ayuda para que los jóvenes sin medios económicos puedan continuar sus estudios, hacen que a la Universidad, en cambio, no llegue un material humano que significa, seguramente, un enorme potencial de capacidades que deberían aprovecharse para bien del país y realidad de nuestra democracia.

La educación secundaria chilena adolece de notorias faltas de personal y de material docente, que hacen muy difícil que se cumplan satisfactoriamente los programas, y que producen, además, graves desigualdades en el nivel educacional de los diferentes planteles y, por lo tanto, en la preparación con que los alumnos llegan al término de su sexto año.

Creer los Rectores que si los anteriores aspectos se abordaran y solucionaran, el Liceo podría cumplir mejor su papel de formación humanístico-científica general, estimulando a seguir estudios superiores a los que realmente lo merecen por capacidad, motivación o vocación, y se distribuiría más equitativamente en diversos campos y con beneficio para la colectividad, al enorme contingente de nuestra juventud que sólo desea aprender a ser útil, ganar su vida honrosamente y vivir satisfecho y feliz.

De esta manera, el comercio, la industria, la agricultura, los servicios públicos, etc, podrían disponer de un número adecuado de jóvenes preparados para este tipo de tareas, en los niveles necesarios, y no darían al Bachillerato, como actualmente lo hacen, un valor y un significado que está lejos de corresponderle.

2. El bachillerato en humanidades ha sido sometido, en el último tiempo, a fuertes críticas por parte de diversos sectores de la opinión pública. No creemos del caso analizar en esta oportunidad todos los factores que han contribuido a este estado de cosas, pero conviene señalar algunos:

a. La sociedad en general da al Bachillerato la calidad de examen de término de estudios secundarios y a éstos, el papel de preparación del individuo para cualquier cosa; por lo tanto, se exige el bachillerato para el ingreso a una gran cantidad de actividades y para obtener empleos en diversas organizaciones públicas o particulares.

Debido a esta exigencia innecesaria, queda una gran cantidad de jóvenes de ambos sexos que han terminado satisfactoriamente la enseñanza media y obtenido su "licencia secundaria", postergada frente a los bachilleres, deambulando de un lado para otro durante meses antes de obtener una ocupación que les permita ganarse honorablemente la vida. Las estadísticas indican que más

de la mitad de los estudiantes que terminan su sexto año de humanidades se encuentran en esta situación.

- b. Por ser el bachillerato un examen nacional tomado por la Universidad, se le considera como un verdadero examen de ingreso a las Universidades. Como la capacidad de éstas está limitando el número de matrículas disponibles que es sensiblemente menor que el de bachilleres titulados, se produce una comprensible frustración en quienes sufren un rechazo que no esperaban, ante las puertas mismas de la Universidad, a la que se les condujo como única meta a través de todos sus estudios secundarios.
  
- c. Se producen muchos fracasos en los exámenes del Bachillerato porque los cuestionarios de examen se elaboran, hasta cierto punto, con un criterio diferente al que orienta la enseñanza media. Durante toda su permanencia en el Liceo se exige a los alumnos en sus distintas pruebas y exámenes una repetición casi textual de la información que les ha sido entregada ya preparada por sus maestros. Por ello, en

el Liceo, el alumno, por lo general, desarrolla principalmente su capacidad de memorización y no ejercita suficientemente sus facultades de análisis y raciocinio.

En el examen de bachiller, en cambio, se pide a los muchachos que expresen conceptos y opiniones personales sobre fenómenos y sucesos; se les supone informados de lo que ocurre en el mundo con la lectura de libros, diarios y revistas; se les exige razonar, ser objetivos, ordenar su mente; es decir, realizar tareas y esfuerzos que jamás se les exigió y para los cuales no fueron en ningún momento preparados por la educación pasiva de las humanidades.

Este examen, diferente a todo lo que antes se les hizo, en consecuencia, no puede señalar en ese solo momento a los más aptos; ni es justo. Produce, lo que es peor, una sensación de desorientación e inseguridad de la que a los jóvenes cuesta muchos años recuperarse, si es que alguna vez lo logran.

3. Las circunstancias aludidas hacen necesaria, creemos, una modificación del sistema. El actual bachillerato debiera reemplazarse por pruebas regulares, universales e iguales para todos los estudiantes chilenos en diferentes niveles. Estas pruebas podrían ubicarse, por ejemplo, a fines de la educación primaria, en el 3er año de humanidades y a fines del 6 $\frac{1}{2}$  año, y tendrían por objeto controlar la calidad de la educación impartida, a través de los resultados de los propios escolares, normalizar los diferentes niveles educativos para la totalidad de los planteles educacionales del país, y muy especialmente, distribuir u orientar al alumnado, hasta donde sea posible, según sus aptitudes y vocaciones hacia distintos establecimientos que los capaciten efectivamente en las múltiples profesiones y actividades que la sociedad necesita, y estimular y encauzar solamente a los realmente dotados para seguir estudios superiores, hacia los establecimientos que los capaciten mejor para su ingreso a las aulas universitarias.

Estas pruebas nacionales, que podrían ser confeccionadas en forma que su evaluación fuera más simple y objetiva, podrían reemplazar con

ventaja los exámenes anuales que el Ministerio de Educación debe tomar ahora tanto en sus propios establecimientos como en los colegios particulares, y podrían quedar entregadas a la responsabilidad de un organismo superior donde estén representados todos los intereses educacionales del país, como podría ser la Superintendencia de Educación Pública.

La realización de este tipo de pruebas a tan alto número de alumnos exigirá, sin lugar a dudas, una organización adecuada, con agilidad suficiente para no convertirse en un gran aparato burocrático central instalado en Santiago. Pensamos que con la elección de métodos y equipos modernos, el personal actual podría realizarlas, especialmente si ello involucra la desaparición del control de los exámenes anuales que quedarían librados a la sola responsabilidad de las escuelas, colegios y liceos.

Pero a este respecto debemos hacer una aclaración: Aun cuando creamos que el actual bachillerato debe desaparecer, no podríamos aceptar esta desaparición si antes no se han creado los elementos que van a reemplazarlo; porque, pese a sus defectos, la prueba hoy tiene papeles y funciones de positiva importancia que no pueden quedar abandonadas.

4. La selección de sus estudiantes es un derecho de cada Universidad, como resultado de la necesidad de adecuar su número a su capacidad docente y de evitar esfuerzos inútiles en estudiantes que no han demostrado conocimiento, capacidad o vocación.

Existe acuerdo para pensar que la apreciación de conocimientos podría juzgarse objetivamente con una prueba común para todos los alumnos postulantes a todas las universidades. Es probable que un buen examen de término de los estudios de humanidades, como el que señalamos en el punto 2, pudiera ser satisfactorio. No sucede lo mismo con los otros aspectos de la selección, que deben dejarse librados al criterio de cada una, para aplicar los métodos y procedimientos que le parecen más equitativos y eficaces, para apreciar la personalidad, la madurez, el juicio, el interés, la vocación, etc, de los postulantes.

Podría ser conveniente también que las universidades en conjunto encargaran a un organismo adecuado la realización de pruebas especiales para apreciar aptitudes o vocaciones y a las que serían sometidos aquellos alumnos que desean ingresar a nuestras instituciones superiores.

5. Creemos que las necesidades tan variadas y cambiantes del mundo actual no se pueden ya satisfacer con sistemas y enfoques educacionales rígidos e inmutables, cuya filosofía se adecuaba a una época en que la demanda era más restringida, la competencia menos violenta, los conocimientos menos variados y la especialización - en cualquier nivel - casi desconocida.

Nuestro sistema educacional necesita un reajuste total, no sólo para satisfacer las actuales necesidades, sino para preparar a los jóvenes para las necesidades que van a encontrar en 20 años más, cuando lleguen a enfrentarlas. El analfabeto es un ser sin valor ni destino en la sociedad evolucionada y tecnificada del mundo actual; también lo es quien sólo ha alcanzado, aún totalmente, la educación elemental.

Nuestra respuesta, como educadores, a estas realidades ha de ser ágil, variada, intensa y adecuada a las necesidades que prevemos, sin aferrarnos a un pasado y una tradición respetabilísimos y honrosos, pero ya superados, y construida con el aporte de todos, bajo la dirección de los organismos responsables en el

país. Como representantes de las Universidades chilenas y a título personal, cumplimos con señalar estos hechos y nuestra fundada preocupación y con ofrecer nuestra modesta colaboración personal y la de las instituciones que representamos al estudio de un problema que tanta relación tiene con el porvenir de la nación.

IGG/CCG/mhv/mrs

8.12.62.